

EL ESPEJO ES MI RIVAL

Es otro día más, otro día largo lleno de oscuridad y tristeza. Me levanto a las 7:26 para prepararme e ir al colegio, no tengo ganas de nada y si pudiese me quedaría todo el día en la cama, recordándome que soy insuficiente.

Llego al baño e intento no desviar la mirada hacia el espejo, conozco cada centímetro de mi cuerpo y no necesito mirarme para saber cómo soy. Me lavo la cara y me doy cuenta, que está sucediendo lo mismo de siempre, mi cuerpo se coloca frente al espejo y mi mente me recuerda que soy inferior al resto, que tengo un peso mayor del que debería.

Vuelvo a mi habitación, con un nudo en la garganta, intentando no derramar una lágrima, no quiero que mi madre me vea llorar una vez más, está cansada, a ella le encantaría que me comportase como un adolescente normal.

Cuando me visto, voy hacia la cocina sobre las 7:40, sé que dentro estará mi madre, tomándose su café con sus dos galletas María. En cuanto mi pie izquierdo entra por esa maldita puerta, puedo oler el café, la leche caliente, el pan tostado que salta de la tostadora y entre esos olores se cuele la culpabilidad, sé que esa taza de leche y esas tostadas son para mí. Ocurrirá lo mismo de todas las mañanas, mi madre insistirá en que me beba esa taza de leche y en que al menos pruebe una de esas dos tostadas de aceite y sal, pero soy incapaz... lo que para ella es un desayuno, para mí es una batalla. Mi hermana consigue despistar a mi madre y en ese momento, dejo caer la leche por la pila, pellizco un trozo de pan y me lo guardo envuelto en una servilleta dentro de mi bolsillo, no siempre es tan fácil como hoy y a veces me lo tengo que tomar.

Me despido de mi madre y mi hermana. A las 8:02 me voy al instituto, tengo la parada de autobús al lado de mi casa pero siempre prefiero ir andando.

Tengo un examen de Biología y Geología a las 12:00 y aprovecho el camino para repasar, por mi mente pasean comentarios inapropiados que me recuerdan que quizá no he estudiado lo suficiente, que no voy a aprobar o que no soy capaz de sacar buena nota. Para mí, las notas no son un simple número, considero que lo único en lo que destaco es en mi excelencia académica, por lo tanto, tener una nota que yo considero insuficiente, hace que la mochila que llevo encima de mí se haga cada vez más pesada.

Llego al instituto a las 8:30, las manecillas del reloj pasan lentamente, las observo todo el rato deseando que llegue el momento de volver a casa. No tengo muchos amigos por no decir que no tengo ninguno, pero tampoco me extraña, yo tampoco soy mi amigo.

Salgo del colegio a las 15:00 de la tarde, opto por ir andando, ya que no tengo necesidad de ir en autobús. Agarro mi móvil y solo tengo una notificación de mi

madre en el que leo lo siguiente: "Hola, tienes la comida preparada, es tu plato favorito, comételo todo por favor, te veo esta noche, te quiero"

Ignoro al completo el mensaje, sé que lo hace por mi bien, no tengo ganas de nada, me meto en Spotify y me pongo mi lista de canciones tristes en inglés, son mis favoritas. Vuelvo a casa pensando en lo mucho que tengo que estudiar, pero realmente no me importa, estudiar hace que me olvide de los problemas.

Llego a casa sobre las 15:30, me preparo la comida, como tres cucharadas del pequeño plato que me he preparado y cuando considero que he terminado, me voy a mi habitación y ese sentimiento de culpa vuelve a aparecer recordándome que sigue ahí. Yo quiero que mi madre esté orgullosa de mí pero sin darme cuenta, mis ojos se llenan de lágrimas. Me pregunto porque no soy capaz de comer sin sentirme culpable.

Empiezo a encontrarme mal, voy al baño y me recuerdo que mi cuerpo no es bonito, mi mente me ayuda a tener presente que no tengo ningún hombro en el que llorar. Mi cuerpo se deja caer, noto el frescor del suelo del baño, no aguanta más, está cansado. Yo también lo estoy, mis ojos pesan cada vez más, no tengo ganas de levantarme, no puedo más.

Al cabo de un rato, me levanto y empiezo a prepararme los exámenes de la segunda evaluación, pasan las horas, y cuando me quiero dar cuenta son las 21:30, la puerta de mi casa se abre y hace ese ruido desagradable que me avisa de que alguien ha llegado. Me levanto de esa silla incómoda y voy a saludar. Llega mi madre después de un largo día de trabajo junto a mi hermana, que estaba celebrando el cumpleaños de su mejor amiga. Aunque mi madre no me entienda del todo y una parte de mi intento hacerme creer que ella quiere lo peor para mí, sé que me quiere como a nadie, igual que yo la quiero a ella.

Llega la hora de cenar, estamos los tres en la mesa y todas las miradas apuntan hacia mí, mi madre come con la mirada puesta en mi plato, observa cada movimiento que realizo con mi tenedor, mi hermana es más pequeña que yo y no entiende muy bien la situación, nos mira a los dos, hay silencio y nadie dice nada, mi madre y mi hermana terminan de cenar y yo no he probado ni un bocado de ese filete. Mi madre se enfada y comienza a alzar la voz, me suplica que pruebe al menos un trozo y me dice que hasta que no me termine el plato no se va a levantar, pasa el tiempo, mi hermana ya está acostada, decido probar el filete para que mi madre me deje en paz, me tomo el filete entero y mi madre se queda satisfecha.

Me despido de ella y me voy a la habitación, es de noche, para mí, el peor momento del día, donde todos los pensamientos pasan por mi mente y donde me cuestiono que hago aquí.

Estoy escuchando mi música, son las 1:20, ha pasado el tiempo, tengo ojeras y algo de cansancio pero soy incapaz de dormir, todo pasa por mi cabeza y considero que hacer ejercicio a estas horas es la mejor opción, intento no hacer ruido para que nadie me pille, hago sentadillas, flexiones, abdominales...

De repente, empiezo a sentir cosquillas por las piernas, este cosquilleo recorre cada parte de mi cuerpo, subiendo poco a poco, mis ojos comienzan a ver negro, comienzo a desubicarme, no sé muy bien donde estoy. Caigo al suelo de manera brusca, mi madre se levanta con miedo, sabe que algo ha pasado detrás de esa puerta con la luz encendida. Va hacia la habitación corriendo. Una parte de ella no quiere abrir esa puerta, cuando lo hace, se encuentra en el suelo, a un chico que no soporta verse, no entiende que ha pasado, ese niño pequeño cuya sonrisa rondaba siempre por su cara ha pasado a ser un chico cuyo único objetivo del día es que acabe.

Han pasado los meses, para ser exactos, once, durante este tiempo, muchas cosas han cambiado. He estado en el hospital y he puesto todas mis fuerzas en recuperarme, y sí, lo he conseguido: los finales felices existen. He estado mucho tiempo en el que no he tenido a nadie y solo éramos mis pensamientos y yo, y ahora, estoy mejor, he conocido a dos personas a las que podríamos considerar amigos, pasan tiempo conmigo y me ayudan en todo, y espero que siga siendo así por mucho tiempo. Mi relación con la comida es cada vez mejor, el espejo se ha puesto de mi parte y poco a poco está haciendo que me vea bien. Mi madre está feliz y me recuerda lo orgullosa que está de mí.

Esto que te he contado ha sido un día cualquiera de los muchos que he tenido en los que nunca salía el sol. Por desgracia, muchos adolescentes a día de hoy, han vivido y viven estos días iguales a los míos. Deseo que entiendan que todo irá bien, y aunque no vean la luz al final del túnel, deben saber que sí la hay, y aunque piensen que no tienen a nadie, yo estoy con ellos.

RODRIGO CASTRO MARTÍNEZ
16 AÑOS
1º BACHILLERATO B